DOSSIER

antes del "¿quién soy?" ya soy, existo

REMEI CALBET

Pedagoga, psicomotricista y psicoterapeuta

Con tan sólo entrever unos destellos de su mirada, respondía con movimientos bruscos y huidizos, avisos de aquel ser que no se sostenía a sí mismo. Un niño para los otros, esos otros que eran una amenaza constante en el adentro y en el afuera; ningún lugar donde reposar ni recuperarse, nada con que apaciguar los impulsos: la vivencia permanente de amenaza lo impelía a la agresión. Poco que construir desde un sufrimiento existencial que traspasaba los límites de lo humano.

Objetivamente en su historia no hay nada que destacar antes de los dos años, momento éste en que aparece toda una serie de enfermedades que bajan sus defensas y se produce una regresión importante, pues dejó de hacer todo aquello que fue adquiriendo en su proceso madurativo.

El llanto era demasiado frecuente y excesivo. Su actividad resultaba desmedida: pasaba las páginas de los cuentos sin parar, desmenuzaba el pan de forma obsesiva. En su casa no se comunicaba con nadie, más bien rehuía a los demás. Todo le molestaba; tenía necesidad de sacarse la ropa y los zapatos. La soledad marcaba su existencia y no podía recibir del entorno nada que le proporcionara todo aquello que necesitaba para ser.

Cuando más adelante, a los siete años, va a la escuela y establece una buena relación con su profesora, empieza a hablar y cantar. Es entonces también cuando se le atiende psicológicamente.

Su comportamiento en la escuela es compulsivo –como el anterior– pero quedando ahora más focalizado en la realización de fichas y en tratar de establecer la relación con los demás tirándoles los zapatos. Cuando llega la hora de cambiar de curso, también lo ha de hacer de maestra y a esto se niega; se escapa y va hacia la clase en donde está la maestra del curso anterior con quien estableció una buena relación afectiva.

Es entonces cuando el acto de lanzar objetos contra las personas se incrementa de tal manera que resulta imparable. También rompe los objetos y se autoagrede. La situación en la escuela se hace insostenible y deja el centro antes de acabar el curso escolar. Es derivado a una institución terapéutica para niños y adolescentes con trastornos de la personalidad. Desde allí se realizó una toma de contacto con el acompañamiento de la persona que había hecho el proceso psicoterapéutico para que la adaptación fuera de forma progresiva y con el objetivo fundamental de tender un puente afectivo entre las dos personas: Una transfería a la otra todo aquello que hacia referencia al niño y la otra lo acogía.

Después de nueve meses este niño podía aceptar una relación afectiva compartida, hasta entonces había sido una relación "exclusiva", ahora parecía que ya era posible compartir el adulto con otros iguales. Creo que es indescriptible el sufrimiento que le comportaba la propia existencia sin el ser en el cual sostenerse. La culminación del malestar era casi permanente, con oscilaciones. La expresión máxima era una explosión incontrolable en la que lanzaba todo lo que tenía alrededor y daba patadas y puñetazos contra las ventanas y personas de su

D O S S I E R

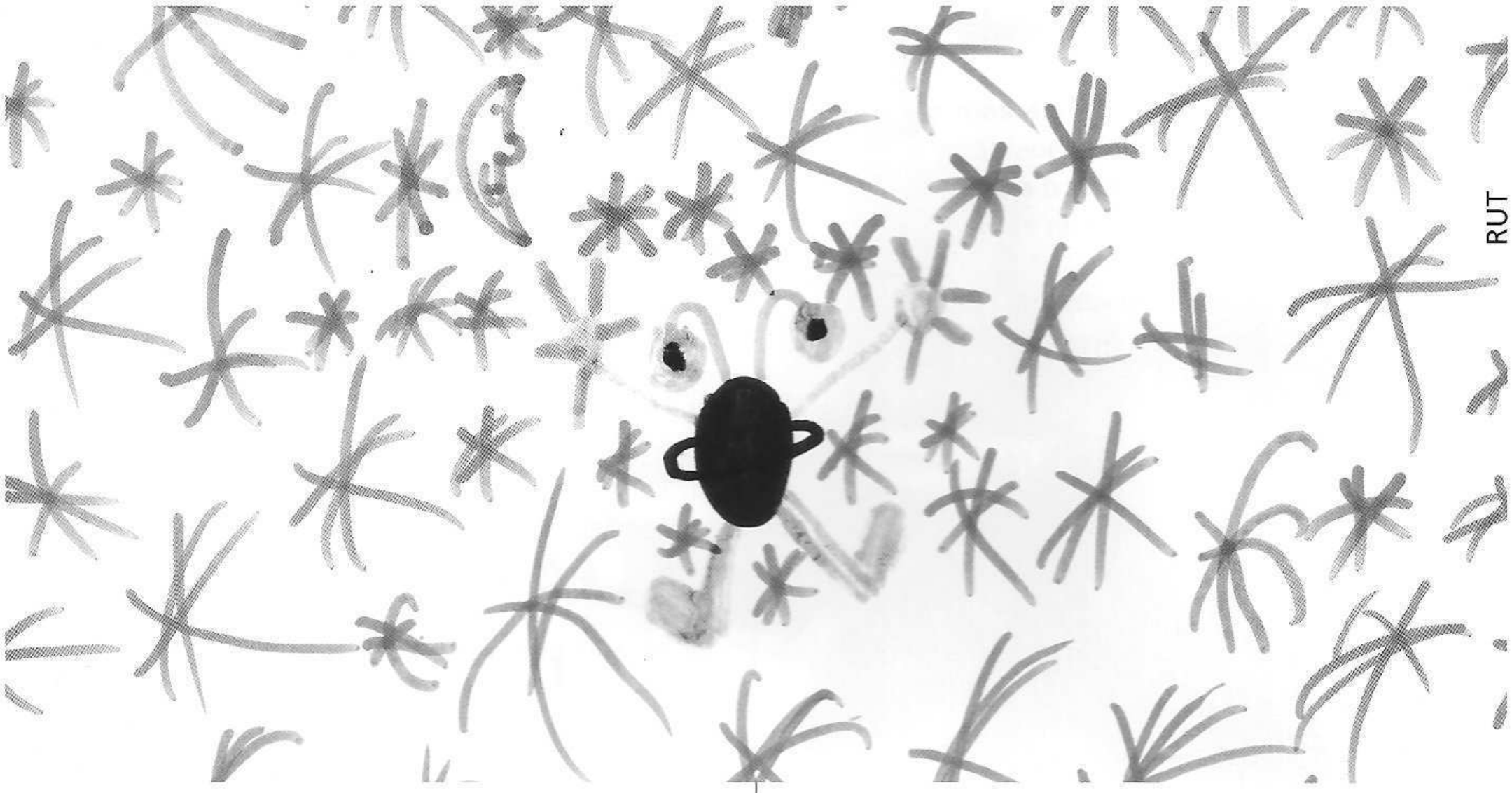
entorno. Era muy importante para él estar afianzado y bien afianzado a un objeto duro, algo íntimo y propio a lo que aferrarse a escondidas y que protegía dentro de su cuerpo como el tesoro más valioso nunca conseguido. Un pequeño objeto duro sin valor reconocido le ofrecía el consuelo de no estar solo, de tener algo donde aferrarse en aquel infierno que lo quemaba vivo.

Así, de forma permanente, recibía vivencias de destrucción que le han forjado una expresión de pánico en el rostro. Se miraba el mundo con los ojos semicerrados y no lo podía percibir redondo, sino plano; sólo un mundo sin profundidad, un mundo bidimensional. El objeto que apretaba en la mano y estaba sobre su pecho era un muñeco de plástico duro previamente mutilado de brazos o de piernas o sin cabeza. Él mismo mordía las extremidades o las cortaba con las tijeras. Estos objetos eran la parte del otro que le ayudaba a sentirse unido, aglutinado. Sin ellos se desesperaba hasta encontrar un sustituto.

A medida que la función de este objeto era mínimamente integrada podía dejarlos en "confianza" unos momentos y así poder realizar otra cosa. A partir de una visita al zoológico, durante la que dio cacahuetes a los monos, tuvo la necesidad de llevar una bolsa llena en una mano y un cacahuete en la otra. Una relación satisfactoria asociada a un objeto del cual no se desprendía; (una vivencia que le desvela emoción la quiere retener a través del objeto). El cacahuete que él daba y que los monos anhelaban, demandaban, esperaban y comían. Él daba cosas buenas y los monos lo reclamaban.

El objeto de características duras le aportaba consistencia sensorial que le garantizaba la supervivencia corporal, le ofrecía seguridad y diluía el temor y la amenaza de ser destruido. ¿Cómo se puede evitar aquella pérdida tan vital y cómo recuperarla a través de objetos sustitutorios que a menudo ni tan sólo garantizan la supervivencia? Él mismo quedó desmenuzado, desintegrado, o sea,

D O S S I E R



sin la posibilidad de integrarse en sí mismo. Junta las migajas de la comida y se las come.

La búsqueda de la sensorialidad a través de reapropiarse del tacto, del olor, de la vista, del calor, de todo aquello que se ofrece en una relación. Los procesos de circulación entre el recién nacido y la madre tienen lugar en los momentos en que la sensorialidad está en primer término. La separación forzada aumenta la necesidad de preservarla con tal de mantener la simbiosis tan necesaria en el proceso largo y complejo del ser. El tacto y el olfato son esenciales y, más adelante, el oído y la vista.

Después de un proceso de neutralización del miedo a la desintegración, este niño va a pasar a disfrutar de su cuerpo en movimiento y en reposo, a neutralizar la mirada, el gesto y la presencia. Pasamos de aquellos momentos en que la fusión y la simbiosis desembocaban en una agresión sensorial a abrirse poco a poco la posibilidad de vivenciarlas próximo al otro hacia una acción que entusiasma, hacia una acción en la que el cuerpo no quede en el vacío, sino que se llene de sensaciones, de percepciones que constituyan un esbozo del "yo corporal".

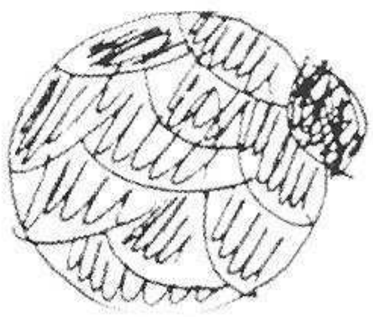
La lentitud en deslizarse por una rampa es un momento intenso y lleno de significado porque entre él y el otro surgen vivencias gratificantes que no tiene que descifrar, sino que recibe de forma directa por los receptores táctiles.

Los receptores ya no son amenazas constantes, los ojos miran, se abren y se cierran y no son los agujeros que le dejan desprotegido. Incorporamos juegos de esconderse y encontrarse con los compañeros de la clase, y aquel niño que el otro nunca dejó de tocar con la voz, la mirada y el pensamiento un día apareció.

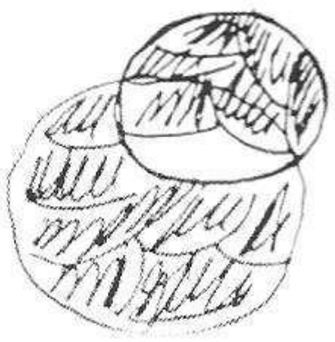
Mostramos a continuación la evolución gráfica que este niño experimentó a lo largo de casi tres años de trabajo terapéutico.

D O S S I E R

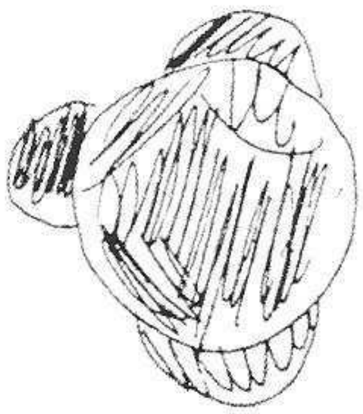
1. De un solo color y compacto.



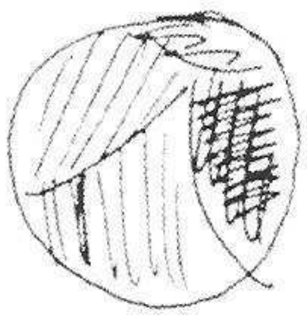
2. Ídem, pero sale del límite.



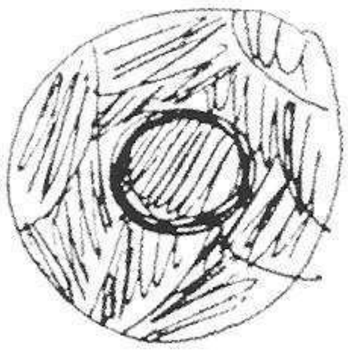
3. Ídem, pero como si hubieran dos.



4. Ídem, con más apéndices.

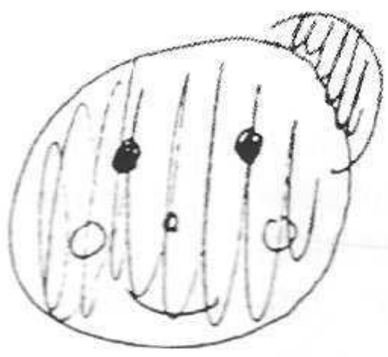


5. Ídem, de colores



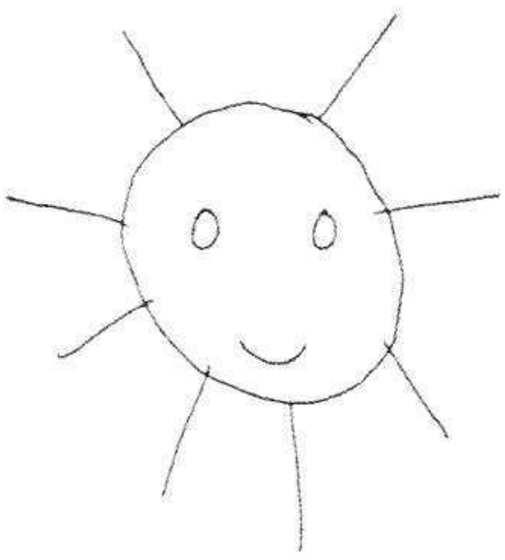
6. Ídem, con uno dentro del otro.

7. La cara que se tapa.

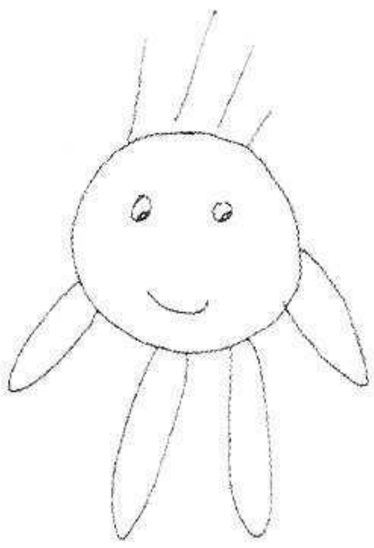


8. Ídem, pero algo sale hacia fuera.

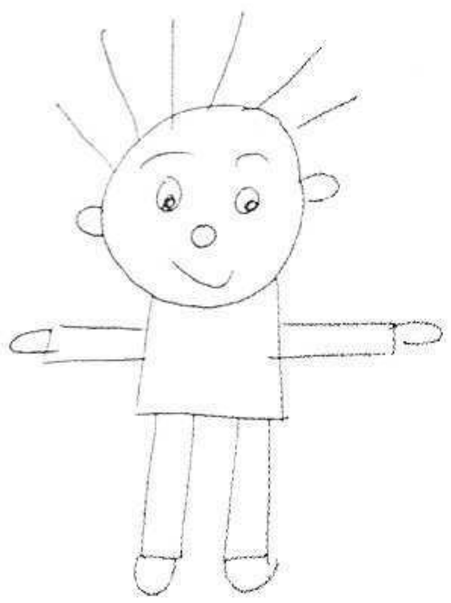
9. Ídem, parece más un cuerpo.



10. La cara ya no se tapa.



11. De la cara salen los brazos y piernas.



12. Aparece la figura humana.

Antes del "¿quién soy?" ya soy, existo

Remei Calbet